

su pérdida. ¡Oh! sólo su engaño me lastima. Amaba y estimaba á los dos, y Maximiliano me quería verdaderamente, y no me ha engañado, ¡no!... Basta, basta ya de esto. ¡Ahora, rápida actividad! El mensajero que el Conde Kinsky me enviará de Praga, ha de llegar de un momento á otro. Sea cual fuere su mensaje, conviene que no caiga en manos de los sediciosos. Así, ordena que salga á su encuentro una persona de confianza, que me lo traiga secretamente. (Ilo hace ademán de irse.)

BUTLER. (Deteniéndolo.)—Mi General, ¿á quién esperáis?

WALLENSTEIN.—A un correo, portador de la noticia de lo sucedido en Praga.

BUTLER.—¡Hum!

WALLENSTEIN.—¿Qué tenéis?

BUTLER.—¿Ignoráis, pues...?

WALLENSTEIN.—¿Qué?

BUTLER.—¿Cómo ha estallado esa sedición en el campamento?

WALLENSTEIN.—¿Cómo?

BUTLER.—Ese mensajero...

WALLENSTEIN. (Lleno de zozobra.)—¡Bueno!

BUTLER.—Está aquí.

TERZKY É ILLO.—¿Que está aquí?

WALLENSTEIN.—¿El que yo espero?

BUTLER.—Hace muchas horas.

WALLENSTEIN.—¿Y yo no lo sé?

BUTLER.—El centinela lo detuvo.

ILLO. (Dando con el pie en el suelo.)—¡Condenación!

BUTLER.—La carta ha sido abierta, y ha corrido todo el campamento...

WALLENSTEIN. (Con viva curiosidad.)—¿Sabéis lo que dice?

BUTLER. (Vacilando.)—No me lo preguntéis.

TERZKY.—¡Oh!... ¡Ay de nosotros, Ilo! ¡Todo está perdido!

WALLENSTEIN.—No me lo ocultéis. Estoy dispuesto á oír las nuevas más funestas. ¡Praga se ha perdido! ¿Es esto? Confesadlo sin temor.

BUTLER.—¡Sí, se ha perdido! Todas las tropas, que estaban en Budweis, Tabor, Braunau, Königgratz, B. ünn y Znaym os han abandonado, han prestado al Emperador nuevo homenaje, y vos mismo, Kinsky, Terzky é Ilo, estáis proscritos. (Terzky é Ilo manifiestan su horror y su ira, Wallenstein permanece firme y tranquilo.)

WALLENSTEIN. (Después de una pausa.)—A lo hecho ¿qué remedio?... ¡Bueno está!... Pronto me veo libre de los tormentos de la incertidumbre; mi corazón late ya con sosiego, mi inteligencia ha recobrado su claridad. De noche es cuando brillan los astros propicios de Friedlandia. Con indecisión y vacilaciones he desenvainado mi espada, no sin lucha y oposición de mi parte, mientras me veía obligado á elegir mi senda. Ahora manda la necesidad, la duda desaparece, y ahora he de defender mi cabeza y mi vida. (Vase: los demás lo siguen.)

## ESCENA XI.

LA CONDESA TERZKY, que viene de los aposentos laterales.

¡No!... ¡No puedo sufrirlo más largo tiempo!... ¿En dónde están? Todo desierto. Me dejan sola... sola en tan terrible angustia... Debo fingir delante de mi hermana, para tranquilizarla, y ocultar todas las torturas de mi pecho desgarrado... y no puedo hacerlo... Si nuestro proyecto se desbarata; si ha de refugiarse entre los suecos con las manos vacías, como un fugitivo, no como aliado poderoso,



y con la fuerza de un ejército adicto... Si nosotros, de pueblo en pueblo, como el palatino, hemos de vagar errantes, deplorable testimonio de la pérdida grandeza... ¡no! ¡yo no quiero presenciárselo! Aunque él pueda soportarlo y contemplarse así, yo no, yo no me resigno á verlo en la desgracia.

## ESCENA XII.

LA CONDESA, LA DUQUESA, TECLA.

TECLA. (Queriendo contener á la Duquesa.)—¡Oh, madre mía! ¡quedaos aquí!

LA DUQUESA.—¡No! aquí hay un misterio horrible, que me ocultan... ¿Por qué huye de mí mi hermana? ¿Por qué la observo, andando de acá para allá, llena de angustia? ¿Qué significan estas mudas señales que os hacéis á hurtadillas?

TECLA.—No es nada, madre mía.

LA DUQUESA.—Quiero saberlo, hermana.

LA CONDESA.—¿De qué sirve guardar más tiempo este secreto? ¿Se puede ocultar? Más pronto ó más tarde ha de conocerlo, y sufrir sus consecuencias. No es esta la ocasión de ceder á flaquezas, sino de hacer alarde de valor y de energía, y de emplear todo nuestro poder para resistirlo. Mejor es, por tanto, que su suerte se decida con una palabra... ¡Os engañan, hermana! Crees que el Duque ha sido depuesto de su mando... el Duque no ha sido depuesto... ha sido...

TECLA. (Acercándose á la Condesa.)—¿Queréis matarla?

LA CONDESA.—El Duque...

TECLA. (Abrazando á su madre.)—¡Animo, oh madre mía!

LA CONDESA.—El Duque se ha rebelado contra el Empe-

rador, ha querido pasarse al enemigo, el ejército le abandona, y le han hecho traición. (La Duquesa, al oírla, vacila, y cae desmayada en los brazos de su hija.)

La escena cambia: un salón espacioso en la casa del duque de Friedlandia.

## ESCENA XIII.

WALLENSTEIN.

(Con su armadura.)—¡Lograste tu propósito, Octavio!.. Casi me veo tan abandonado como me vi un día en la Ducha de Ratisbona. No contaba entonces más que conmigo mismo... pero ya sabéis lo que vale un hombre solo... Habéis despojado al tronco de sus galas, y heme aquí sin hojas que me adornen. Pero allá en el fondo de mi alma subsiste la fuerza creadora, que de sí misma hace brotar un mundo. Yo solo, en otra ocasión, valí tanto como un ejército; vuestras tropas se habían desvanecido ante los suecos, y Tilly había sucumbido en el Lech, Tilly, vuestro último sostén. Gustavo, como río que se sale de madre, inundó la Baviera, y el Emperador temblaba, refugiado en su palacio de Viena. No se encontraban soldados, porque el vulgo sigue los caprichos de la fortuna... Entonces se dirigieron las miradas hacia mí, como á su salvador en trance tan amargo. El orgullo del Emperador se humilló ante aquel que había sido antes ofendido en lo más vivo. Hube, pues, de presentarme para pronunciar la palabra decisiva, que había de resolver el conflicto, y reunir hom-



bres en los campamentos vacíos. Y lo hice. Sonó el tambor. Mi nombre, como el del Dios de la guerra, resonó en todas partes. Fueron abandonados los campos y talleres, y la muchedumbre acudió bajo las banderas, pródidas en esperanzas, y ya de antiguo conocidas... Ahora veo que soy el mismo que era entonces. El alma es quien se forma su cuerpo, y el Duque de Friedlandia llenará de tropas su campamento. Atreveos á traer contra mí miles de soldados, que saben vencer al enemigo, no á mí... Cuando la cabeza y los miembros se separen, se demostrará en dónde reside el alma. (Illo y Terzky entran.) ¡Ánimo, amigos, ánimo! Aun no estamos en tierra. Los cinco regimientos de Terzky son nuestros, y los valientes soldados de Butler... Mañana se junta con nosotros un ejército de diez y seis mil suecos. No era yo más poderoso cuando, hace nueve años, emprendí la conquista de Alemania para el Emperador.

#### ESCENA XIV.

LOS MISMOS y NEUMANN, hablando aparte con el conde TERZKY.

TERZKY. (A Neumann.)—¿Qué pretenden?

WALLENSTEIN.—¿Qué hay?

TERZKY.—Diez coraceros de Pappenheim quieren hablarte en nombre de su regimiento.

WALLENSTEIN. (A Neumann con prontitud.)—Que entren. (Vase Neumann.) Algo espero de esto. Advertid que dudan, y que conviene ganarlos.

#### ESCENA XV.

WALLENSTEIN, TERZKY é ILLO.—DIEZ CORACEROS, con su SUBALTERNO al frente, se presentan marchando, se colocan en fila ante el Duque á la voz de mando, y le saludan militarmente.

WALLENSTEIN. (Después de contemplarlos un rato, al Subalterno.)—Te conozco bien. Tú eres de Brujas en Flandes, y tu nombre es Mercy.

EL SUBALTERNO.—Me llamo Enrique Mercy.

WALLENSTEIN.—Tú fuiste cortado en una marcha, rodeado de tropas de Hesse, y te abriste paso entre miles de hombres sólo con ciento ochenta.

EL SUBALTERNO.—Así fué, mi General.

WALLENSTEIN.—¿Qué premio dieron á este rasgo de valor?

EL SUBALTERNO.—Lo que solicité, mi General, el honor de servir entre los coraceros.

WALLENSTEIN. (Dirigiéndose á otro.)—Tú estabas entre los voluntarios, que yo hice salir de Altenberg para apoderarse de la batería sueca.

EL SEGUNDO CORACERO.—Así fué, mi General.

WALLENSTEIN.—No me olvido de ninguno con quien hablo. Decid lo que pretendéis.

EL SUBALTERNO. (Mandando.)—¡Presenten armas!

WALLENSTEIN. (Dirigiéndose á un tercero.)—Tú te llamas Risbeck, y eres de Colonia.

EL TERCER CORACERO.—Risbeck, de Colonia.

WALLENSTEIN.—Tú trajiste prisionero al campamento de Nuremberg al coronel sueco Dübald.



EL TERCER CORACERO.—Yo no, mi General.

WALLENSTEIN.—Tienes razón. Fué tu hermano mayor el que lo hizo... Tú tenías otro hermano menor; ¿en dónde está?

EL TERCER CORACERO.—Está en Olmutz, en el ejército del Emperador.

WALLENSTEIN. (Al Subalterno.)—¡Ahora, hablad!

EL SUBALTERNO.—Ha llegado á nuestras manos una carta del Emperador, que á nosotros...

WALLENSTEIN. (Interrumpiéndolo.)—¿Quién os ha elegido?

EL SUBALTERNO.—Cada escuadrón ha elegido por suerte á un representante.

WALLENSTEIN.—Ahora, pues, ¡al grano!

EL SUBALTERNO.—Llegó á nuestras manos una carta del Emperador, en que se nos ordena que no te obedezcamos, porque eres un traidor y enemigo de tu patria.

WALLENSTEIN.—¿Y qué habéis resuelto?

EL SUBALTERNO.—Nuestros compañeros de Braunau, Budweis, Praga y Olmutz han obedecido ya, y han seguido su ejemplo los regimientos de Tiefenbach y de Toscana... Pero nosotros no creemos que tú seas enemigo de tu patria y traidor, y para nosotros es mentira, é insigne engaño, é invención española. (De corazón.) Tú mismo nos dirás cuál es tu proyecto, porque siempre nos has hablado con sinceridad, nos inspiras la mayor confianza, y ninguna lengua extraña debe interponerse entre un buen general y sus leales soldados.

WALLENSTEIN.—Ya reconozco en vuestra conducta que sois mis bravos hombres de Pappenheim.

EL SUBALTERNO.—Tu regimiento te suplica, pues, que si tu objeto es tan solo conservar este bastón de mando, que te pertenece, que te ha confiado el Emperador, y ser un general fiel al Austria, á tu lado estaremos para protegerte y defender tus derechos contra cualquiera... Y aun-

que te abandonen todos los demás regimientos, solos te seremos leales, y por tí daremos nuestras vidas. Tal es nuestro deber de caballeros, y sucumbir más bien que consentir tu deposición. Pero si es cierto lo que dice la carta del Emperador; si es verdad que tu intentas llevarnos traidoramente al enemigo, de lo cual Dios nos guarde, sí, te abandonaremos y obedeceremos la carta.

WALLENSTEIN.—¡Oid, hijos míos!

EL SUBALTERNO.—Pocas palabras. Dí sí ó no, y quedaremos satisfechos.

WALLENSTEIN.—Escuchadme. Yo sé que sois inteligentes, que discurrís y juzgáis por vosotros mismos, y no seguís á los demás. Por esta razón, como sabéis, os he honrado y distinguido siempre entre todos. La mirada rápida del general sólo cuenta las banderas; no hace caso de las personas; manda con rigor, y sus órdenes son ciegas é inflexibles, y el hombre aquí nada vale para el hombre... Nunca ha sido esta, como os consta, la conducta que he observado con vosotros; tenéis conciencia de lo que valéis en vuestra áspera profesión; en vuestra frente brilla para mí la humana inteligencia, y siempre os he tratado como á hombres libres, y os he dejado el derecho de formular vuestras opiniones...

EL SUBALTERNO.—Sí; siempre nos has tratado con decoro, mi General, nos has honrado con tu confianza, y favorecido más que á los otros regimientos. No seguimos, pues, como observas, el ejemplo de las demás tropas, y queremos serle fieles. Habla sólo una palabra, una sola nos basta; que no hay traición, que no piensas en ella, y que no intentas llevarnos al enemigo.

WALLENSTEIN.—¡A mí, á mí es á quien venden! El Emperador me ha sacrificado á mis enemigos, y mi caída es segura, si mis valientes soldados no me amparan. De vosotros quiero fiarme... ¡Sea vuestro corazón mi escudo! ¡Mirad!



¡Los tiros van dirigidos contra este pecho, contra esta cabeza blanca!... ¡Esta es la gratitud española, esta, por las sangrientas batallas en las antiguas fortalezas, y en los llanos de Lützen! Para lograr esto hemos ofrecido nuestros pechos á las alabardas, y la tierra cubierta de hielo y las duras piedras nos han servido de lecho y de almohada. Ningún río, por rápida que fuese su corriente; ninguna selva, ni la más impenetrable, nos detenía, y así seguíamos sin descanso á Mansfeld en su tortuosa huída, y nuestra existencia era una marcha continua, y como los remolinos del viento, sin hogar ni patria, recorriamos la tierra asolada por la guerra. Y ahora, cuando hemos prestado estos servicios, ingratos, difíciles y malditos, y que nuestro infatigable brazo ha aliviado el peso de la guerra, ese niño imperial vendrá á concluir una paz fácil, y á adornar sus blondos y juveniles cabellos con la oliva que debe adornar los nuestros.

EL SUBALTERNO.—Esto no debe ser, mientras nosotros podamos impedirlo. Nadie más que tú, que has sostenido con gloria esta guerra terrible, debe terminarla. Tú nos guiaste á los campos ensangrentados de la muerte, y tú, y no otro alguno, ha de guiarnos alegremente á los valles risueños de la paz, y á compartir con nosotros los frutos de tantos y tan largos trabajos...

WALLENSTEIN.—¿Cómo? ¿Pensáis quizás que, al fin, en vuestra tardía vejez podréis gozar de esos frutos? No lo creáis. Jamás veréis el término de esta pelea! Esta guerra nos devorará á todos. Austria no quiere la paz; justamente he de caer yo porque la deseo. ¿Qué importa á Austria que una larga lucha acabe con el ejército, y devaste al mundo? Sólo intenta crecer siempre, y adquirir más territorio. ¿Os conmovéis?... En vuestros rasgos guerreros relampaguea una noble cólera. ¡Ojalá que mi alma pueda animaros de nuevo y llevaros osados, como en otro tiempo, á las bata-

lias. Anheláis ayudarme, anheláis defender mis derechos con las armas... ¡propósito generoso! Pero no penséis que lo habréis de conseguir, siendo tan pocos. En vano os sacrificaríais por vuestro General. (Con confianza.) ¡No! Caminemos seguros, busquemos amigos; los suecos prometen ayudarnos; dejad que nos sirvan en la apariencia, hasta que nosotros nos hagamos temibles; y teniendo en nuestras manos los destinos de Europa, demos al orbe, lleno de júbilo, desde nuestro mismo campamento, la paz coronada de oliva.

EL SUBALTERNO.—¿Sólo, pues, en apariencia andas en tratos con los suecos? ¿No te propones hacer traición al Emperador, ni pasarte á ellos? He aquí lo único, que pretendíamos saber de ti.

WALLENSTEIN.—¿Qué me importan á mí los suecos? Los detesto, como al infierno, y con la ayuda de Dios, espero arrojarlos pronto á la otra orilla del mar Báltico. Pero los necesito para ejecutar mi plan. ¡Mirad! Yo tengo también corazón, y me conduelo de los ayes de este pueblo alemán. Vosotros sois tan sólo soldados; pero pensad que valéis mucho para mí, que os distingo entre todos, para hablaros con franqueza sobre estas cuestiones... Recordad que la antorcha de la guerra arde hace quince años, y que la tranquilidad codiciada no ha llegado todavía. ¡Suecos y alemanes! ¡Papistas y luteranos! ¡Ninguno cede! ¡Los unos están contra los otros! Todos son partes, ninguno juez. Decidme, ¿cómo acabará esto? ¿Quién podrá desenredar este nudo, que se complica sin cesar?... Es menester cortarlo. Sí; conozco que soy el hombre, á quien la suerte ha predestinado para lograrla, y espero hacerlo con vuestro auxilio.



## ESCENA XVI.

LOS MISMOS y BUTLER.

BUTLER. (Con calor.)—¡No está bien eso, mi General!

WALLENSTEIN.—¿Qué?

BUTLER.—Nos perjudicará con los adictos á nuestra causa.

WALLENSTEIN.—Pero ¿qué?

BUTLER.—Equivale á declararse públicamente en rebelión.

WALLENSTEIN.—Pero otra vez, ¿qué sucede?

BUTLER.—El regimiento del Conde Terzky se arranca las águilas de sus banderas, y pone en su lugar vuestras armas.

EL SUBALTERNO. (A los Coraceros.)—¡Media vuelta á la derecha!

WALLENSTEIN.—¡Maldita idea, y más maldito aún el que la ha sugerido! (A los Coraceros, que se disponen á marchar.) ¡Deteneos, hijos míos!... ¡Es un error!... ¡oidme!... Y yo lo castigaré con el mayor rigor... ¡Escuchadme, sin embargo! ¡Quedaos aquí! Nada oyen. (A Ilo.) Vete tras ellos, convénceles, tráelos de nuevo, cueste lo que cueste. (Vase Ilo apresuradamente.) ¡Esto nos pierde!... ¡Butler, Butler! ¡Sois mi mal ángel! ¡Por qué decirlo así delante de ellos?... Todo iba bien... estaban ya casi convencidos... ¡Los locos, con su celo imprudente!... La fortuna cruel se burla de mí. Me hace sucumbir, no el odio de mis enemigos, sino el celo de mis amigos

## ESCENA XVII.

LOS MISMOS.—LA DUQUESA, que entra precipitadamente en la habitación, seguida de TECLA y de LA CONDESA.

LA DUQUESA.—¡Oh Alberto! ¿Qué has hecho?

WALLENSTEIN.—Esto faltaba.

LA CONDESA.—¡Perdóname, hermano! No pude más. Todo lo sabe.

LA DUQUESA.—¿Qué has hecho?

LA CONDESA. (A Terzky.)—¿No hay ya remedio? ¿Todo se ha perdido?

TERZKY.—Todo. Praga está en poder de los partidarios del Emperador, y las tropas le han renovado su obediencia.

LA CONDESA.—¡Pérfido Octavio!... ¿También ha desaparecido el Conde Maximiliano?

TERZKY.—¿En dónde podrá estar? Con su padre se habrá pasado al Emperador. (Tecla cae en los brazos de su madre, y oculta el rostro en su seno.)

LA DUQUESA. (Estrechándola en sus brazos.)—¡Desdichada hija! ¡Madre, aún más desdichada!

WALLENSTEIN. (Aparte á Terzky.) Prepara pronto en el patio último un carruaje para llevarlas. (Señalando á las mujeres.) Seherfenberg puede acompañarlas; nos es adicto, y las dejará en Egra, á donde les seguiremos. (A Ilo, que vuelva.) ¿No los traes?

ILO.—¿No oyes á los amotinados? Todo el cuerpo de Pappenheim está en abierta rebelión. Piden que se les devuelva á Maximiliano, su coronel, porque dicen que está aquí en el castillo, que tú lo retienes por la fuerza, y que, si no lo sueltas, lo libertarán con sus espadas.

(Todos se quedan atónitos.)



TERZKY. —¿Qué hacer?

WALLESTEIN. —¿No lo decía yo? ¡Oh corazón mío leal! Está aquí todavía. No me ha hecho traición, no ha podido hacérmela... Nunca he dudado de él.

LA CONDESA. —¡Oh! ¡Si está aquí todavía, todo va bien, porque yo sé lo que lo retendrá perpetuamente! (Abrazando á Tecla.)

TERZKY. —No puede ser. Reflexionad que su padre nos ha vendido, y pasádose al Emperador; ¿cómo se aventurará el hijo á quedarse aquí?

ILLO. (A Wallenstein.) —Pocas horas hace que lo ví llevar por la plaza el tren de caza, que le regalaste recientemente.

LA CONDESA. —¡Oh sobrina mía! Entonces no está lejos.

TECLA. (Que mira hacia la puerta.) —¡Vedlo ahí!

### ESCENA XVIII

LOS MISMOS Y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. (Adelantándose hasta el centro de la escena.) — ¡Si, si; aquí está! No puedo ya dar vueltas alrededor de esta casa furtivamente, y acechar la ocasión favorable... ¡Esta incertidumbre, esta angustia son superiores á mis fuerzas! (Dirigiéndose á Tecla, que se ha arrojado en los brazos de su madre.) ¡Mirame! ¡No apartes de mí tus ojos, ángel divino! Confíesalo libremente delante de todos. A nadie temas. Sepan todos que nos amamos. ¿A qué ocultarlo? El misterio es para los afortunados; la desdicha sin esperanza no usa disfraz alguno, y puede mostrarse á la faz de millares de soles. (Observa á la Condesa, que mira á Tecla con alegría.) ¡No, tía Terzky, nada espero ni nada me sonrío;

no vengo para quedarme aquí, vengo sólo á despedirme... ¡No hay remedio! Yo debo, yo debo, oh Tecla, abandonarte... yo lo debo. Pero no quiero llevar conmigo tu odio. Concédeme sólo una mirada de compasión; dí que no me aborreces. ¡Dímelo, Tecla! (Coge su mano, profundamente conmovido.) ¡Oh Dios, Dios mío! No puedo abandonar este lugar. Yo no puedo... no puedo soltar esta mano. Dime, Tecla, que me compadesces, que tú misma estás convencida de que no puedo obrar sino como lo hago. (Tecla, esquivando sus miradas, señala con la mano á su padre; él se vuelve hacia el Duque, á quien ve entonces.) ¿Tú aquí... No es á tí, á quien yo busco. Mis ojos no debían verte más. Sólo á ella me dirijo. Sólo esperaba que su corazón me declarase libre, puesto que nada me importan los demás.

WALLENSTEIN. —¿Crees tú que yo seré bastante loco para dejarte marchar, y que representaré contigo una farsa de generosidad? Tu padre ha sido un pérfido, y tú no eres ya más que su hijo, y no en vano has caído en mi poder. No imagines que he de tener en cuenta nuestra antigua amistad, hollada por él tan indignamente. Los tiempos de dulces afectos pasaron ya, los de las consideraciones y deferencias, y ahora reinan tan sólo el odio y la sed de venganza. Yo puedo ser tan inhumano como él.

MAXIMILIANO. —Puedes tratarme como te plazca. Bien sabes, sin embargo, que ni me burlo de tu ira, ni la temo. El lazo que aquí me detiene, ¿sabes cuál es? (Cogiendo la mano de Tecla.) ¡Escúchame! ¡Todo, todo quería yo dertelo agradecido! Yo quería recibir mi ventura de tu mano paternal. Tú la has destruido, aunque poco te importe. Indiferente huellas en el polvo la ventura de los tuyos, porque el Dios, á quien tú adoras, no es el Dios de la gracia. Como á elemento desenfrenado, ciego y formidable, sigues tú tan sólo el impulso feroz de tu corazón. ¡Ay de los que en tí confiaron! ¡ay de los que te eligieron por ci-



miento de su dicha, atraídos por tu rostro benévolo! En el momento más inesperado, en el silencio solemne de la noche, se los traga en un instante engañosa sirena de fuego, y con atronadora violencia el rápido torrente devasta las obras del hombre, y las condena á horrible destrucción.

WALLENSTEIN.—Pintas el corazón de tu padre. Como tú lo describes, así son sus entrañas, así es la negra hipocresía de su alma. ¡Oh! ¡una trama infernal me ha engañado! El Averno me envió el más pérfido de sus demonios, el más engañoso, y lo puso á mi lado como amigo. ¿Quién puede resistir el poder del infierno? Amamanté á mis pechos un basilisco; lo alimenté con mi sangre, y se llenó con los jugos de mi cariño. Nunca sospeché de él; le abrí de par en par las puertas de mi pecho, y le entregué las llaves de la sabia prudencia. Entre los astros, en el vasto firmamento buscaban mis ojos á mi enemigo, y lo guardaba en lo más recóndito de mi corazón! ¡Si yo hubiese sido para Fernando lo que Octavio ha sido para mí...! Jamás le hubiera declarado la guerra... jamás hubiera podido hacerlo. Era sólo mi iracundo señor, no mi amigo. El Emperador no se fiaba de mi lealtad. La guerra se había ya encendido entre nosotros, cuando puso en mis manos el bastón de mando, porque la guerra existe siempre entre la astucia y el recelo, y sólo reina la paz entre la fe y la confianza. El que emponzoña la fidelidad, mata en el seno de su madre á todos sus hijos.

MAXIMILIANO.—No quiero defender á mi padre. ¡Ay de mí! no puedo tampoco defenderlo. Sucesos infaustos han sobrevenido, y los crímenes, en espesa cadena, se eslabonan con los crímenes. Pero ¿cómo nosotros, inocentes, hemos caído en este abismo de infortunio y de perversidad? ¿Contra quién hemos sido perjuros? ¿Por qué razón la doblez y los hechos punibles de nuestros padres nos han de entrelazar como serpientes mortíferas? ¿Por qué el odio

irreconciliable de nuestros padres ha de desgarrarnos á nosotros, que nos amamos? (Abraza á Tecla, presa del más vivo dolor.)

WALLENSTEIN. (Después de observarlo en silencio, y acercándose á él.)—¿Quédate á mi lado, Maximiliano...! ¡No te separes de mí, Maximiliano! Recuerda cuando en Praga, en cuarteles de invierno, te trajeron á mi tienda: eras un niño delicado, no endurecido por los hielos de Alemania; tus manos yertas estaban adheridas á la pesada bandera, sin quererla soltar. Yo te abrigué entonces, cubriéndote con mi capa; yo mismo te asistí, sin abergonzarme de servirte de madre; yo cuidé de tí con solicitud maternal, hasta que tú, á mi calor, recobraste gozoso tu vigor juvenil. Desde entonces, ¿no he sido siempre el mismo para tí? He hecho ricos á millares de hombres, les he dado tierras, los he llenado de honores... á tí sólo ha amado mi corazón, á tí sólo se ha entregado todo mi sér. Todos ellos eran gente extraña; tú, hijo de mi casa... Maximiliano, ¡tú no puedes abandonarme! No, no puede ser; ni puedo, ni quiero creer que Maximiliano haya de abandonarme.

MAXIMILIANO.—¡Oh Dios!

WALLENSTEIN.—Tu sostén y tu guía he sido yo desde tu niñez... ¿Qué ha hecho tu padre por tí, que yo no haya hecho con exceso? Te he envuelto en una red de cariño; desgárrala, si te atreves... únete á mí los lazos más tiernos, que encadenan las almas, los vínculos naturales más santos, que estrechan á los hombres entre sí. Véte, pues; abandóname; sirve á tu Emperador; que te premie con una cadenilla dorada, con su toisón de oro, ya que nada vale en tu estimación tu amigo, el padre de tu juventud, ni los más sagrados sentimientos.

MAXIMILIANO. (Presa de lucha violenta.)—¡Oh Dios! ¿Qué otra cosa he de hacer? ¿No debo hacerlo...? Mi juramento... el deber...



WALLENSTEIN. — ¿Deber? ¿Hacia quién? ¿Quién eres tú? Si yo soy injusto con el Emperador, mía es la injusticia, no tuya. ¿Eres tú dueño de tí mismo? ¿Mandas en tí, eres libre en el mundo, como yo, de suerte que seas único responsable de tus acciones? Tú descansas en mí; yo soy tú Emperador, y ser mío, obedecerme, es tu honor, tu ley natural. Y si el planeta, en que vives y habitas cae de su órbita, y ardiendo se precipita en el planeta más cercano, y lo abrasa, no puedes decidir si habrás ó no de seguirme, sino que te arrastrará con la fuerza de su caída, con su círculo y todos sus satélites. Leve duda es la tuya en esta contienda, y las gentes no criticarán, sino, al contrario, alabarán que la amistad haya en tí vencido.

## ESCENA XIX.

LOS MISMOS y NEUMANN.

WALLENSTEIN. — ¿Qué hay?

NEUMANN. — Los soldados de Pappenheim se han desmontado, y pie en tierra están resueltos á asaltar esta casa á viva fuerza, para libertar al Conde.

WALLENSTEIN. (A Terzky.) — Que se suelten las cadenas, y se prepare la artillería. Quiero que la metralla los reciba, (Vase Terzky.) ¡Imponerme la ley á mano armada! Anda, Neumann, que se retiren al momento; tal es mi orden, y que aguarden en silencio mi determinación. (Vase Neumann. Illo se asoma á la ventana.)

LA CONDESA. — ¡Dejadle que se vaya! Dejadle, por Dios, que se vaya.

ILLO. (En la ventana.) — ¡Muerte y condenación!

WALLENSTEIN. — ¿Qué ocurre?

ILLO. — Asaltan el Ayuntamiento, arrancan el techo, y apuntan sus cañones hacia aquí...

MAXIMILIANO. — ¡Qué locura!

ILLO. — Se aprestan á tirar...

LA DUQUESA y LA CONDESA. — ¡Dios del cielo!

MAXIMILIANO. (A Wallenstein.) — Déjame bajar para indicárselos...

WALLENSTEIN. — ¡No des un solo paso!

MAXIMILIANO. (Señalando á Tecla y á la Duquesa.) — ¡Pero sus vidas! ¡La tuya!

WALLENSTEIN. — ¿Qué nuevas traes, Terzky?

## ESCENA XX.

LOS MISMOS, y TERZKY, que vuelve.

TERZKY. — Nuevas de nuestros fieles regimientos. No pueden refrenar su ardor, y piden permiso para combatir contra ellos; son dueños de las puertas de Praga y de Mühl; y si tú lo ordenas, atacarán por la espalda al enemigo, lo encerrarán en la ciudad, y lo vencerán sin trabajo en las calles.

ILLO. — ¡Oh, ven! ¡Que no se enfríe su entusiasmo! Los soldados de Butler nos son fieles; somos más en número; los venceremos, y aquí, en Pilsen, terminará la sedición.

WALLENSTEIN. — ¿Se ha de convertir esta ciudad en campo de batalla, y una lucha fratricida, rebosando fuego por los ojos, ha de ensordecer sus calles desenfrenada? ¿Ha de encomendarse la terminación de esta pelea á la rabia ciega, que desatiende la voz de mando? Aquí no hay espacio para combatir, sino para degollar. La ira, en su furia formidable, no escuchará á ningún general. ¡Pero, en fin, sea así!



Largo tiempo hace que he pensado, que esto sólo puede acabar de una manera rápida y sangrienta (Volviéndose hacia Maximiliano.) ¿Qué resolvemos? ¿Quieres tentar conmigo el vado? Libre eres de partir. Ponte frente á mí. Guíalos á la batalla. Tú entiendes el arte de la guerra, que has aprendido de mí; no debo avergonzarme de mi adversario, y no encontrarás en tu vida mejor ocasión que ésta para pagarme mis lecciones.

LA CONDESA. — ¿A este punto hemos llegado? ¡Sobrino, sobrino! ¿Podrás resistir esto?

MAXIMILIANO. — Yo he prometido llevar otra vez al Empeador los regimientos leales, que se me han confiado, y lo cumpliré ó moriré. Es sólo lo que exige mi deber. No pelearé contra tí mientras pueda evitarlo, porque tu cabeza, aun proscrita, es sagrada para mí. (Suenan dos tiros. Illo y Terzky corren á la ventana.)

WALLENSTEIN. — ¿Qué tiros son esos?

TERZKY. — ¡Cayó!

WALLENSTEIN. — ¡Cayó! ¿Quién?

ILLO. — Los de Tiefenbach dispararon.

WALLENSTEIN. — ¿Contra quién?

ILLO. — Contra ese Neumann, á quien enviaste...

WALLENSTEIN. (Con viveza.) — ¡Muerte y condenación! Entonces quiero yo... (Haciendo ademán de salir.)

TERZKY. — ¡Y desafiar su ciego furor!

LA DUQUESA y LA CONDESA. — ¡No, por Dios!

ILLO. — Ahora no, mi General.

LA CONDESA. — ¡Detenedlo, detenedlo!

WALLENSTEIN. — Dejadme.

MAXIMILIANO. — No, ahora no. Este acto irreflexivo y sanguinario ha aumentado su ira; espera que se arrepientan...

WALLENSTEIN. — ¡Lejos de aquí! Harto he tardado ya en salir. Han osado cometer ese crimen, por no haber visto mi rostro... Es necesario que me vean, que oigan mi voz...

¿No son mis tropas? ¿No soy yo su general, y su temido señor? Dejad que me contemplen, á ver si desconocen al que era su sol en la oscuridad de las batallas. No hay necesidad del empleo de las armas. Yo me mostraré desde este balcón al ejército amotinado, y se refrenarán en seguida, no lo dudéis, y su ánimo excitado volverá á someterse á la antigua obediencia. (Vase, y con él Illo, Terzky y Butler.)

### ESCENA XXI.

LA CONDESA, LA DUQUESA, MAXIMILIANO y  
TECLA.

LA CONDESA. (A la Duquesa.) — Cuando lo vean... háy aún esperanza, hermana.

LA DUQUESA. — ¡Esperanza! Ya no la tengo.

MAXIMILIANO. (Que lejos, en violenta lucha consigo mismo durante la escena anterior, se acerca á ellas.) — ¡Yo no puedo sufrir esto! Vine aquí firme é irrevocablemente resuelto, creyendo obrar bien y sin reproche, y parezo odioso, feroz é inhumano, maldito y motivo de horror para todos aquellos á quienes amo, cuando puedo volverles la felicidad, siendo tan caros á mi corazón y viéndolos tan indignamente afligidos, con pronunciar sólo una palabra... Sublévaseme el corazón; en mi pecho resuenan dos voces contradictorias; nada veo, é ignoro en dónde esté la justicia. ¡Oh, bien y con verdad lo dijiste, oh padre, que yo me fiaba en demasia de mi corazón, porque ahora vacilo é ignoro lo que debo hacer!

LA CONDESA. — ¿Que lo ignoráis? ¿Nada os dice vuestra propia conciencia? Pues yo os lo diré. Vuestro padre ha cometido contra nosotros un acto de la más negra trai-